



Esta versión digital de una selección de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org



LETRAS MADRILEÑAS CONTEMPORÁNEAS

RAMÓN J. SENDER - LAS CRIATURAS SATURNIANAS

LMC

24

RAMÓN J. SENDER

LAS CRIATURAS SATURNIANAS

PRÓLOGO DE JULIA UCEDA



VISOR LIBROS

I

La joven princesa veía las estatuas de los jardines Boboli desde sus ventanas.

Florenia era una ciudad silenciosa y calma. Cuando Lizaveta salía a pasear con el viejo conde Rasumovski éste saludaba a muy pocas personas y con cuidado para no desnivelar su peluca empolvada. Si por azar encontraba al duque de Lorena, al cardenal arzobispo o a los sacerdotes que llevaban la comunión precedidos de grandes linternas y haciendo sonar campanitas de plata, se quitaba el tricornio. A los demás, aunque fuera el edecán del duque de Toscana, no les devolvía el saludo.

Quería el conde también que Lizaveta, su sobrina (así la llamaba, pero era hija suya y de la difunta emperatriz Elizabeth), fuera menos efusiva y familiar con la gente. Cuando la veía sonreír ante una persona casi desconocida pensaba: demasiado abandono hay en su sonrisa. Pero no importaba porque aquel abandono sugería al ángel y no a la hembra y así debía ser a su edad.

Tenía Lizaveta quince años y medio y era la persona más reverenciada por los florentinos. Todos los aficionados a las letras le habían dedicado sonetos y odas órficas atribuyéndole la gracia de las esculturas de Donatello.

La princesa se había hecho católica en Florenia con gran escándalo del conde que decía: «Cambiar de iglesia es absurdo. Es como cambiar de madre».

Estaba la princesa consciente de su propia belleza, pero era la suya una conciencia vegetal, es decir muda y pasiva y sin eco.

El viejo cardenal monseñor Gaetano Ricci invitaba con frecuencia al conde a su palacio, que era sombrío por fuera como una fortaleza y luminoso por dentro como un joyero. Era el cardenal de la familia de los Aquaviva y a lo largo de alguna conversación íntima delante de una copa de vino decía a veces, visiblemente satisfecho, que su familia descendía de Nerón. Siglos antes de Nerón se emparentaba aquella familia con príncipes etruscos, pero insistía el cardenal en su parentesco con el hijo de Agripina.

Florenxia era hermosa con un estilo de veras sin igual, llena de alusiones medioevales que parecían más modernas que los edificios de la época. Como decía Ariosto

*Se dentro un mur sotto un medesimo nome
fosser raccolti il tuo palazzi sparsi
non ti sarien de pareggiar due Rome*

Trataba el conde de leer historia del arte con el fin de poder resolver las dudas de la princesa, pero tenía mala memoria y las preguntas de ella eran imprevisibles. Por ejemplo:

—¿Qué diferencia hay entre una basílica y una catedral?

Y Rasumovski, para salir del paso, decía que aquello era cuestión de curia y de administración eclesiástica. O bien: «¿Qué es un incunable o incunábula?» Tampoco podía contestar de un modo convincente.

El cardenal explicó a Lizaveta lo que eran las basílicas y los incunábula. Habían ido aquel día al palacio a oír un concierto que daba una orquesta de cámara de Viena. Ni al conde ni al purpurado les interesaba gran cosa la música, pero aquellos conciertos eran tradicionales en la familia de los Aquaviva.

Había entre los presentes muchos aristócratas genuinos y uno dudoso a quien el cardenal no había invitado sino, citado, para hablar de materias civiles, aparte, en su oficina. Era el llamado conde de Cagliostro, aventurero siciliano vestido de gran señor con maneras próceres y una gran cultura en ciencias nigrománticas.

El cardenal lo había citado media hora antes del concierto, pero haciendo antesala vio Cagliostro llegar la amable caterva de los invitados y se unió a ellos. El cardenal no le llamaba nunca conde sino signor Giuseppe Balsamo, que era su nombre.

Se parecía Cagliostro físicamente a Rousseau y también a Luis XVI y —todavía— al abate Casanova. Esos cuatro hombres parecían hermanos, aunque sus destinos en la historia iban a ser tan diferentes. Y Cagliostro, cuando vio al cardenal en el vano de una puerta, salió discretamente de la sala y se le acercó. Fueron los dos al estudio privado de monseñor y por el camino comenzó a explicarle Cagliostro:

—Sabía que monseñor iba a necesitarme y por eso me he quedado tres días más en Florenxia aun a riesgo de llamar la atención de la policía. Para que vea monseñor que no me he descuidado vi al arqueólogo.

go inglés Mr. Menghin y le di la triaca para Su Santidad a cambio de una cantidad no excesiva: quinientos ducados, de modo que si el inglés pide demasiado se le puede echar en cara lo poco que él pagó. Si Su Santidad Clemente XIV toma esa triaca en las dosis indicadas y se abstiene de tomar sal en el tiempo que teme ser envenenado debe estar tranquilo, que no hay ponzoña que le pueda hacer mal. Temo que el inglés le ha de pedir mucho más de los quinientos ducados.

—Ha pedido tres mil —dijo monseñor Ricci.

—Lo imaginaba —exclamó desolado Cagliostro—. Los ingleses son gente sin alma. ¡Tres mil ducados! ¿Ve monseñor cómo tenía razón cuando le dije que debía ser yo quien tratara directamente con el papa? Ya sé que mi reputación me impide asomarme al Vaticano, pero en una cuestión de esta importancia debía usted, monseñor, haberse mostrado más comprensivo. Yo sirvo a monseñor antes que a nadie. He traído hoy los informes que monseñor quería: una copia de la comunicación del embajador español a su rey sobre el asunto de los *corvinos*. Vea, monseñor.

Sacó un pliego voluminoso y, viendo que el cardenal leía con gran interés, se quedó esperando en silencio. El cardenal Ricci no leía todo el documento, que se proponía estudiar más tarde, despacio, pero no podía esperar y como un chico que se anticipa a gustar una golosina se puso a leer hacia la mitad la página siguiente:

«Pasó Su Santidad a hablarme de los *corvinos* (así llama a los jesuitas) y me dijo encargándome secreto que iba a quitarles la facultad de recibir novicios y a cortarles los subsidios que recibían de la cámara apostólica por varios medios y señaladamente el que para manutención de los portugueses había establecido su antecesor, quien fue más negro que blanco; añadiéndome que en esto seguía los pasos de grandes papas como Inocencio XIII, que les extendió el decreto con la misma prohibición de vestir ropa talar. Pero le sucedió un fraile dominico que levantó la prohibición. Inmediatamente dije que los medios paliativos siempre producían iguales consecuencias y que mientras no se resolviese esta cura radical que habían propuesto los soberanos se vendría a parar en las mismas debilidades. Me respondió el Santo Padre que si él pudiese hacer lo que los reyes (que los habían arrojado de sus dominios) tendría el caso menos dificultades; pero que habiéndose de quedar con ellos dentro era de considerar y temer el gran partido que tenían, sus amenazas, asechanzas y otras cosas. Le contesté que todo se debía temer

hasta que diese el último golpe; pero que una vez dado, inmediatamente experimentaría que debían cesar los temores, así porque faltaba la causa y el agente que impulsa a toda la máquina como porque la impresión del mismo golpe sorprendía y aturdiría como se había experimentado en España con la expulsión. A todo esto añadí que tendría dispuestos de parte de su majestad todos los auxilios que necesitase para hacerse respetar; a cuya promesa me respondió que estaba pronto a la muerte y a todo; que estas cosas eran como las labores de mosaico, que se componían de muchas piezas y requerían tiempo para ajustarse todas, que le dejase hacer y que vería los resultados; que su modo de conducirse era muy disimulado y me puso varios ejemplos; y así me pidió que no creyera nada hasta que viera las consecuencias.»

Al llegar ahí cerró monseñor y dobló el pliego y lo guardó en una gaveta bajo llave. Cagliostro continuó hablando:

—Si el papa cree que los que él llama *corvinos* lo van a matar hace bien tomando precauciones y nadie mejor que yo, señor, para ayudarle. Yo he recibido en herencia el saber de tres nigromantes: Numa Pompilio, Balaam y Salomón. Yo, a quien llaman el gran copto de Egipto por haber nacido de mi madre religiosa copta y de un ángel semítico cuyo nombre no estoy autorizado a revelar. Yo que me encuentro en este planeta por error y debo sin embargo aprovechar ese error para hacer el mayor bien posible. Yo os digo, señor, que a pesar de todo el papa Clemente XIV morirá y no tardará mucho en morir. Es necesario que monseñor lo sepa porque la sucesión de la silla de San Pedro puede ser decisiva en estos días de turbiedad y confusión generales.

—¿Cuándo pensáis marcharos de Italia? —preguntó monseñor Ricci como si no hubiera escuchado a Cagliostro.

—Si es necesario, mañana.

—No, mejor hoy mismo. De otra manera tendré que enviaros a Roma y allí el santo Oficio os encerrará en Santángelo.

—Saldré hoy, pero permitidme antes que os diga algo que os concierna, monseñor. La silla de San Pedro va a quedar vacante y si monseñor Ricci cree que yo soy enemigo de Roma está en un error. No toda mi magia es negra, sino que lo mismo que sucedía con mi antecesor y maestro Numa Pompilio y con Salomón, mi magia es blanca en su mayor parte. Roma respeta a Salomón y en cuanto a Numa Pompilio ¿no fue el fundador de la eucaristía? ¿No fue el primero que hizo en el ara no sacrificios de sangre sino de harina y de vino? ¿No fue el pri-

mero que habitó en el Capitolio y el lugar que entonces se llamó Roca Tarpeya? ¿No fue el primer pontífice a quien se pudo llamar príncipe de la paz? Como dice el sabio vulgo de la época:

*sobre los escudos de hierro de los soldados
las arañas tejían sus hilos.*

«Pero no sólo trajo la paz, sino el saber. Hizo que los dioses se enamoraran de los hombres y que Pan saliera del bosque sin daño para los inocentes. Cuando Numa Pompilio murió fue enterrado en un ataúd de piedra en el Janículo y a su lado, en otro ataúd igual, fueron enterrados sus libros. Porque según decía el mismo Numa esos libros habían esparcido su contenido en las mentes de los hombres de su tiempo de tal modo que ya no eran necesarios. Pero los sacerdotes que recibieron las enseñanzas directas de Numa Pompilio guardaron su saber para sí mismos y gran parte de la ciencia blanca o negra se perdió. La que no se perdió todos la conocemos, pero la que se perdió la hallé yo más tarde al encontrar los libros de Numa, todos enteros porque los había impregnado el rey tramano en una materia que los salvó del deterioro del tiempo y los hizo imperecederos. La magia blanca que le falta conocer a la iglesia esa la tengo yo y es así como me he permitido pedir a monseñor...

—¿A qué hora pensáis salir hoy? —interrumpió el cardenal, sin escuchar al siciliano. Cagliostro, interrumpido a mitad de una frase, estuvo un momento callado tratando de readaptar su mente y su palabra. Entretanto, en la sala de conciertos se oía la orquesta de cámara de Viena. Por fin dijo Cagliostro:

—Esta noche saldré para París.

—No, mejor esta tarde. Mejor ahora mismo. Es decir, esperad. Yo no dudo, signor Giuseppe Balsamo que hallasteis los libros de Numa Pompilio. ¿Dónde están?

Señaló Cagliostro su frente y su corazón

—Aquí —dijo—. La magia blanca en mi corazón y la negra en mi cerebro. Si creéis que debo salir en seguida saldré ahora mismo. ¿Sabéis para dónde? Monseñor me niega el tratamiento de conde y tal vez hace bien porque los títulos de aristocracia aunque nos hayan sido impuestos por la más alta y antigua autoridad del mundo (como es mi caso) vanidades son. Yo recibí el título del Gran Maestre de la orden de caballeros de Malta, depositario de la llave del templo de Jerusalén. Una

parte de la magia blanca que yo le comuniqué la conocían ya. Otra no y tomaron copias de mis palabras. Monseñor, aquí tengo el título y la insignia.

Mostraba un estuche de cuero rojo abierto y dentro la cruz de Malta orlada de brillantes. El cardenal miró un momento y Cagliostro dijo gravemente:

—La magia de Numa Pompilio y la de Salomón ha llegado a nosotros bifurcada en dos caminos isósceles, es decir, iguales: el del Vaticano y el de Rodas. Y todavía Rodas ignoraría mucho si no por mí. Como puede suponer su eminencia yo no lo dije todo al gran maestre.

Al llegar aquí el cardenal visiblemente enojado sacó de un cajón una bolsita llena de monedas de oro y la ofreció a Cagliostro quieta la tomó con una inclinación y dijo:

—Más que el oro lo que yo querría es un salvoconducto vuestro y del duque de Toscana, a quien he visto en la sala, para llegar a Francia en donde mi amistad con María Antonieta hace innecesarias las precauciones.

El cardenal sacó una vitela, escribió en ella unas líneas, dejó caer varias gotas de cera de una barra de color escarlata y sobre la cera puso su anillo cardenalicio.

—Con esto basta para llegar a cualquier lugar dentro del mundo católico romano.

Dio las gracias Cagliostro y salió con gentil continente.

Se quedó solo el cardenal Ricci unos momentos y se dijo: «La silla del papa va a quedar vacante».

Rezó abstraído con la cabeza entre las manos y los codos en la mesa y volvió despacio a la sala de conciertos. Se sentó al lado del conde Rasumovski y todavía desde allí vio pasar a Cagliostro bajo los arcos del fondo de 1a sala, detrás del lugar donde estaba la orquesta. Pasó despacio, gozando de su propia presencia en aquel lugar y sabiéndose observado por el duque de Toscana, por los Médicis y los Módenas y los descendientes de los grandes señores de la Etruria antiquísima.

El cardenal pensó: Cagliostro pudo haber ido directamente a las escaleras, pero da ese rodeo para hacerse ver. Espera quizá sacar algún partido de esa presencia suya en mi casa. Ciertamente, la vida tiene muchos recovecos y nunca se sabe.

Vio que el conde ruso Rasumovski se aburría también y aprovechando el primer descanso de los músicos salieron de la sala juntos. El

cardenal lo llevó a otra oficina que era un lugar más íntimo y allí vio que el conde ruso había quedado prendido en la curiosidad del aventurero siciliano.

—¿No era ese que pasó vestido de azul y oro el conde de Cagliostro ?

—Sí, Giuseppe Balsamo. ¿Lo conoce usted?

—Se ha acercado varias veces a mí pidiéndome cartas de presentación para la corte de Catalina.

—¿Se las ha dado?

—No, Dios me libre. Además, no creo que con ellas le haría mucho bien.

El cardenal fumaba y el conde tomaba rapé.

Entre los dos y en una mesa había un objeto redondo, pero no exactamente esférico, de bronce macizo. El conde miró un momento sin lograr identificarlo.

—Es un hígado etrusco —dijo el cardenal— que usaban los arúspices para mantener y esparcir su ciencia. Es del siglo vii antes de jesucristo.

Los etruscos. Era como hablar de los atlantes o de los pelasgos de la vieja Grecia prehistórica. Decía el cardenal viendo interesado a Rasumovski

—Aunque sólo fuera por haber sido los fundadores de Roma los etruscos merecerían el mayor respeto. Pero han hecho otras muchas cosas. Una de ellas —y no la menos interesante— es la relación que establecían entre lo inmensamente grande y lo pequeño. Por ejemplo, entre el Universo y el hígado del hombre. Creían que el Universo tenía la forma de nuestro hígado (lo que es posible) y que tiene movimientos irregulares parecidos a los de un globo de goma en expansión y reducción. Un globo irregular. La adivinación por el hígado de los animales no fue inventada por los etruscos, pero éstos la llevaron a la última perfección.

Escuchaba Rasumovski y se decía: «Hay que aceptar que los ministros de Roma son más cultos que los de la iglesia ortodoxa griega».

El cardenal señalaba aquel objeto:

—Es un hígado, de bronce. Es genuino. Los que adivinaban por ese procedimiento podían ser indistintamente hombres o mujeres. Se han encontrado hígados de bronce perfectamente simulados como este que tenemos delante con divisiones y casillas múltiples, cada una adscrita

a una señal celeste y a un lugar en el orbe y representando tal o cual cosa en tales o cuales condiciones, siempre con sentido profético. Los etruscos eran gente muy sabia. En arquitectura y en arte, grandes inventores. El arco romano se debe a ellos y por lo tanto no es romano sino etrusco. Y lo que es más curioso, el teatro también comenzó en Etruria. La palabra *histrión* es etrusca. En materia de magia eran de veras inquietantes. Hesiodo en su *Teogonía* dice que los hijos de Circe, la bruja, fueron príncipes etruscos. Pero, la razón principal por la cual los etruscos serán siempre interesantes es la falta de inhibición sexual que se advierte en sus artes y costumbres. Horacio habla de sus libertades y Plauto en su comedia *Cistalaria* dice: «Entre los etruscos la mujer en edad de casarse tiene que ganarse la dote haciendo comercio de su cuerpo». Es decir, que la prostitución procedía al matrimonio y era comúnmente aceptada. Además, vea usted.

El cardenal le mostraba el pie de una lámpara etrusca formado por el cuerpo de un guerrero desnudo —con un gran yelmo— y con el sexo erecto y visible.

El conde y el cardenal querían charlar de política.
Sobre todo de política rusa.

Tenía el cardenal curiosidades un poco escandalizadas en relación con la corte de Catalina a quien consideraba como una especie de Nerón femenino, reprobable y admirable al mismo tiempo.

Los cardenales odiaban entonces a dos monarcas europeos: Federico de Prusia y Catalina de Rusia. Pero a esta última con evidentes reservas de simpatía. La Iglesia ha tenido siempre un fondo de respeto viril por las reinas hermosas y necesitadas de indulgencia.

Tenía el cardenal sobre la mesa *la copia de una carta* que circulaba bajo mano por las encillerías. En aquella carta la rubia y rozagante Catalina contaba al diplomático polaco Poniatowski, amante suyo jubilado, los acontecimientos relativamente recientes de la abdicación y muerte de su marido Pedro III y de su propia coronación que tanto habían dado que hablar. El conde conocía muy bien aquel documento, pero al ver el aire acucioso del cardenal no quiso decepcionarlo y se hizo de nuevas.

Leyó el cardenal la carta con su voz engolada y enfática subrayando los pasajes más reveladores. Tenía varias hojas y a medida que las leía las iba dejando en la mesa sobre el hígado de bronce etrusco.

En las primeras líneas parecía disculparse la emperatriz para ir tomando después un acento de seguridad y más tarde de altivez y hasta de

reto. Decía: «Yo no hice nada contra el rey mi marido. Era yo entonces una pobre mujer indefensa. Quiero decir que no intervine en los preliminares de la conspiración ni en el destronamiento, ya que todo fue obra de la corte. Voy a contarlo brevemente y le ruego que reserve para sí estas noticias».

Con esto la sutil Catalina lo invitaba tácitamente a divulgarlas.

«Estaba una noche —seguía escribiendo— en Peterhof casi sola, es decir, con las mujeres que me servían. Confieso que sospechaba lo que se tramaba por un lado en favor mío y por otro en contra. Porque el que conspiraba era mi marido y todo comenzó por culpa suya. No estaba tranquila ni mucho menos, pobre de mí. Las pasiones se agitaban y encrespaban y anunciaban alguna novedad en la que podía ir implícita la desgracia de mi marido. O la mía. El 28 de junio (la emperatriz se refería al año 1762) a las cuatro de la mañana el pillete Alexis Orlof entró en mi cuarto, me despertó, me presentó un escrito y me dijo que me levantara porque todo estaba a punto. Yo le pedí detalles, pero él se inclinó y se fue. Estaba muy nervioso. Todo el mundo estaba nervioso aquella noche.

»Yo me levanté, me vestí sin arreglarme, bajé y monté en una carroza que estaba dispuesta con séquito armado. Orlof montó detrás. Otro oficial se instaló de pie en el estribo. Delante iba una patrulla a caballo. Orlof se acercaba a la ventanilla y decía de vez en cuando:

«—Todo está a punto, señora. Todo saldrá bien.

»Yo juro que no tenía ningún deseo de hacer aquello, pero tampoco podía decepcionar a mis amigos. Orlof repetía que no habría dificultades como si quisiera convencerse a sí mismo, porque la verdad es que tanto ellos como yo estábamos desafiando al destino y arriesgando la vida. A cinco verstas de San Petersburgo vino a nuestro encuentro el hermano mayor de Orlof, hombre de aspecto agresivo, con el gracioso príncipe Bariatinski, que parecía una muñeca, y éste me cedió su lugar en la silla de mano porque mis caballos estaban extenuados. Seguimos hasta la capital lo más de prisa que nos fue posible. Era una noche turbia de cielo empavonado con luz detrás, una de esas noches blancas de San Petersburgo. Hacía frío y yo trataba de no temblar para que no pensarán que tenía miedo. Confieso que lo tenía.

»Fuimos directamente a los cuarteles del regimiento Ismailovich. No había más que dos hombres de centinela y un tambor que al vernos se puso a tocar atención y llamada como si se hubiera vuelto loco.

Comenzaron a salir soldados por todas partes y a venir a besarme el vestido, los pies, las manos, llamándome su salvadora. Dos oficiales trajeron un cura revestido y con cruz alzada y se dispusieron a prestar juramento allí mismo. Hecho esto trajeron también una carroza a la cual subí y el cura, con la cruz marchaba delante. No recuerdo quién era aquel bravo que desafiaba las iras de mi marido y del metropolitano. Dios lo bendiga por atreverse tanto en instantes tan inciertos. Como diría el pícaro Orlof, era un clérigo con *riñones*.

»Nos acercábamos poco después al regimiento de Semeinowski. Era ya el amanecer. El día encapotado y gris no se distinguía mucho de la noche. No tuvimos que llegar al cuartel porque todos los batallones salieron en formación vitoreándome. Entonces comencé a pensar que la causa estaba ganada, es decir, que el rey estaba perdido. Y respiré, por fin, a gusto.

»La guardia de caballería del palacio rojo vino después. El comandante, un hombre joven me dijo: pido perdón por habernos sublevado los últimos, pero algunos oficiales vacilaban y a cuatro de ellos los hemos dejado presos. Esto te probará, señora, nuestra determinación y nuestro celo. La guardia imperial estaba arrebatada por un entusiasmo como no había visto yo nunca. la verdad es que no creía a los militares capaces de tanta pasión cívica. Gritaban y me vitoreaban a mí y a la patria libre. Por todas partes me llamaban *madrecita* con lágrimas en los ojos. Sospecho que con el mismo entusiasmo habrían vitoreado quizás a un enemigo mío, pero por el momento yo llevaba dos ventajas: era una mujer, y había madrugado. Me había adelantado y recogía los frutos.

»Estos hechos sucedían entre los jardines de Hermann y Kasauki. Como yo sabía que mi tío el príncipe Jorge, a quien Pedro III había dado aquel regimiento, era odiado por todo el mundo, le envié mensajeros para rogarle que se quedara en casa ya que de otro modo su persona podría correr peligro. Inútil precaución. El regimiento había enviado un pelotón para arrestarlo. Por desgracia lo maltrataron y saquearon su casa. Creo que le pegaron también y debe ser verdad porque era muy puntilloso y desde entonces no ha levantado cabeza. Yo fui al nuevo palacio de invierno donde el senado y el sínodo estaban reunidos. En una atmósfera de exaltación y de entusiasmo se redactaron las fórmulas de juramento. Comprendí que de veras era a mí a quien querían y que no habrían vitoreado lo mismo a otro caudillo.

»Entonces bajé y, sin protección, fui pasando revista a las tropas. Había más de catorce mil hombres, contando los servicios auxiliares. Mi marido no debía tener consigo ni la tercera parte. A medida que me acercaba se levantaban clamores de entusiasmo que una multitud civil repetía detrás de las tropas. Era como el oleaje en un mar tempestuoso.

»Fui al viejo palacio para tomar las primeras disposiciones y asegurar la situación. Allí acordamos que iría a la cabeza de las tropas a Peterhof donde mi marido, Pedro III, esperaba con sus partidarios en armas sin saber qué hacer. Había vigilancia en todos los caminos y a cada paso la vanguardia exploradora nos traía campesinos con noticias e informes. íbamos dispuestos a todo y en pie de guerra. Envié al almirante Tabesin a Cronstadt. Entretanto llegó de parte de mi marido el canciller Voronof, quien, con las mayores cortesías y miramientos, trató de hacerme reproches. Yo sé que había hablado mal de mí. Es uno de esos puritanos que aquí llaman con un apodo indecente pero divertido que no quiero escribir. Lo llevaron a la iglesia más próxima para hacerle prestar juramento de lealtad y ésa fue mi única respuesta. En seguida llegaron del estado mayor de mi marido el conde Alejandro Shuvalov y el príncipe Truhetzkoc, terribles sayones de melodrama con instrucciones, según dijeron, de hacer fracasar el alzamiento e incluso de asesinarme si era preciso, pero no hubo que hacerles fuerza, ya que por su propia voluntad se pasaron a mi bando y me juraron fidelidad aun sin pedírsela nadie. El rey se iba quedando solo. A veces yo me alegraba y a veces sentía pena por él. Era víctima, el gran mequetrefe, de sus propios errores y debilidades.

»Después de haber enviado nuestros correos a Peterhof, montado guardias y tomado otras precauciones de campaña, hacia las diez me vestí el traje imperial y me nombraron coronel con nuevas aclamaciones y vítores. Al frente de mis tropas seguí hasta Petershof dispuesta a todo, es decir, a entablar combate. Allí estaba mi marido, según me dijeron, con su pequeño ejército discutiendo a grandes gritos dónde había que poner la artillería y dónde la caballería y dando brincos con un sable en la mano. Ya lo conocen ustedes.

»Poco después de reanudar la marcha llegaron tres soldados con el texto de un manifiesto que Pedro III quería hacer imprimir y distribuir. Los soldados me lo entregaron y me dijeron: «Nos consideramos felices de poderte dar este documento ridículo y de unirnos a nuestros compañeros y hermanos.»

«Como se ve todo era espontáneo y natural y por el momento no hubo que hacer presión sobre nadie. El pícaro Orlof había sido sabio en sus previsiones.

»Llegamos a un monasterio pequeño cerca de Peterhof y allí el vicescanciller Galitzin, tieso y engalonado, vino a traerme una carta conciliadora de Pedro III. Poco después vino el general Ismailov, el sabihondo del estado mayor de mi marido, se arrojó a mis pies y me dijo:

»—¿Crees señora que soy un hombre honrado?

»Yo tenía mis dudas, pero le respondí que sí.

»—Entonces —dijo él, tembloroso— todo será fácil porque el emperador promete abdicar y, después que lo haga, yo traeré aquí el documento y al emperador en persona y así evitaremos a nuestra patria una guerra civil. Pero conviene que el emperador haga todo esto libremente y sin violencias, señora. Nada de violencias. Por vuestro propio interés.

»Le encargué de esa misión y marchó a cumplimentarla.

»Está claro, pues, que Pedro III renunció al trono en plena libertad rodeado de algunos millares de militares adictos y vino a mi cuartel espontáneamente con Elizabeth Voronzof, Godovielz y Miguel Ismailov. Yo lo recibí sin rencor y le di algunos oficiales y soldados para la protección de su persona. Era el 29 de junio, día de San Pedro. Un día sin sol con nubes bajas. Un día un poco menos blanco que la noche.

»Mientras se preparaba la comida para todo el mundo, los soldados creyeron que Pedro III había sido traído por el mariscal príncipe Troubletskoi que tenía fama de maquiavélico para reconciliarnos y volver a las andadas. Y un grupo de ellos se dirigió a Orlof, a Hetman y a otros diciendo que hacía tres horas que no me habían visto y temían que aquel falso de Troubletskoi me engañara haciendo una paz simulada para perdernos a mí y a los míos.

»Si es así —añadían— lo haremos pedazos, que estamos hartos de componendas y de falsas soluciones.

»Esas eran ni más ni menos las palabras de la soldadesca. Yo fui al encuentro de Troubletskoi y le dije que por su propia seguridad debía salir del campamento cuanto antes. Le conté lo que pasaba, y él, sin hacérselo repetir, se fue a la ciudad mientras yo pasaba revista a la tropa que me aclamaba por todas partes. Fue un verdadero día de gloria.

»Dios me ama realmente y como sabe hacer las cosas, todo sucedió sin violencia.

»Después envié al emperador a un lugar llamado Ropcha muy apartado, pero bastante cómodo y agradable. Encargado de su custodia iba Alexis Orlof con cuatro oficiales escogidos y un destacamento de hombres tranquilos y razonables. Todo eso era muy provisional porque entretanto se preparaban habitaciones adecuadas para él en Schusselbourg.

»La providencia dispuso otra cosa. El miedo había alterado el vientre del emperador quien estuvo tres días con colitis. Al cuarto pareció mejorar. Aquel día bebió demasiado y se divirtió, ya que tenía todo lo que quería menos la libertad. Me había pedido su violín, su perro, su negro y su amante. Temiendo el escándalo, y para no provocar curiosidades ni fermentación en los espíritus, no le concedí lo último.

»Se le oía tocar el violín horriblemente. Era su manía, como la de Federico de Prusia era la flauta.

»El cólico se le reprodujo con repercusiones en el cerebro. Estuvo dos días en esa situación, lo que lo debilitó bastante y a pesar de la asistencia de los médicos rindió el alma recibiendo los auxilios espirituales de un pastor protestante alemán.

»Yo temía, la verdad, que los oficiales lo hubieran envenenado, de tal modo lo odiaban. Por eso hice abrir el cuerpo del emperador y es verdad que no hallaron la menor huella de veneno. Tenía el estómago y el hígado sanos, pero los intestinos inflamados. Esa inflamación y una crisis de apoplejía acabaron con él. Su corazón era extremadamente pequeño y estaba todo lacerado y enfermo.»

Acabó el cardenal de leer la copia de la carta de Catalina y la dejó sobre el hígado etrusco mirando oblicuamente a su amigo. El viejo conde suspiró.

—Lo que dice de la muerte del emperador es mentira. El emperador fue asesinado por Orlof y sus amigos.

Entonces sacó del bolsillo un papel que amarilleaba por las dobleces.

—Tiene razón Catalina sobre la facilidad de la sublevación y el odio de los oficiales contra el emperador. Pero sobre la muerte de Pedro III no dice la verdad. Fueron a Ropcha, ciertamente, Alexis Orlof con cuatro oficiales y un pequeño destacamento. Entre los oficiales estaba Teplov, el más joven de los príncipes Baritinski, un lindo pelagatos que se ha hecho famoso por los favores de la emperatriz. Verá usted.

El cardenal tomó un lápiz y se puso a anotar los nombres, pero el conde lo contuvo con un gesto un poco abrupto.

—¿Es que acostumbra usted —le preguntó— a apuntar lo que oye en el confesionario?

—Hay una diferencia —dijo monseñor Ricci, dejando el lápiz con un extremo en la mesa y el otro apoyado en el sexo del guerrero etrusco.

—No, no. Esto es como una confesión.

El cardenal prometió no anotar nada y le rogó que lo perdonara. El viejo conde continuó:

—Como le digo llevaban tres días en Ropcha. El emperador jugaba con el perro y con el negro y tocaba el violín. Usted sabe, eminencia, que toda su ilusión era imitar a Federico de Prusia quien tenía también aficiones musicales. Hablaba con el negro de las cosas que acababan de suceder y el pobre negro no hacía más que repetir: *sí señol*, no *señol*, pues como vuestra *majesta impelial* disponga, *señol*. Y el emperador tocaba. Cierto que nunca consiguió arrancarle al violín sonidos agradables, el pobre. Yo quiero y respeto su memoria, pero es la verdad —el cardenal quiso reír, pero disimuló—. Y según ha dicho después Orlof aquellos gañidos día y noche, con los ladridos del perro y las voces del negro a quien obligaba el emperador a cantar, eran intolerables. A los tres días de la llegada del emperador a Ropcha los oficiales Teplov y Orlof dejando en la antesala al afeminado Baritinski entraron en su cuarto a la hora de la comida y le dijeron que querían comer con él. Un poco extrañado el emperador les invitó a sentarse. Orlof dijo que le serviría de maestresala. Comenzó el almuerzo a la manera rusa con aperitivos salados y wodka. Orlof le presentó al emperador un vaso envenenado. Pedro III, sin sospechar nada, lo bebió y poco después comenzó a sentir dolores. Entonces Orlof le sirvió otro vaso de la misma botella y quiso obligarlo a beber, pero el emperador rehusó y llamó: «¡Favor al emperador!». Orlof, que era un hombre gigantesco, se arrojó sobre él, lo llevó a la cama y sujetándolo con las rodillas le echó las manos a la garganta. Entretanto, según parece y la autopsia lo confirmó más tarde, Teplov puso una baqueta de fusil en el fuego y cuando estuvo al rojo empaló con ella al emperador cuyos gritos fueron horribles, pero cada vez más débiles. Poco después estaba muerto. Como dice Catalina, el cuerpo mostraba el estómago sano, pero los intestinos muy inflamados y con flujo hemorroidal. Era de las quemaduras de la baqueta.

Rasumovski tenía también documentos. Tenía el papelito en la mano y accionaba con él mientras hablaba:

—Así murió el marido de Catalina y esta es la carta que Orlof envió al día siguiente a la emperatriz. No me pregunte cómo llegó la copia a mis manos, pero yo le juro que es fidelísima y que el que la escribió estaba en el mismo gabinete de trabajo de Catalina.

El conde se puso a leer con una amarga sonrisa en los labios:

—La carta dice así: «¿Cómo referirte, emperatriz y madre nuestra, lo que acaba de sucedernos? Ha sido una verdadera y triste fatalidad. Estábamos en el cuarto de tu esposo bebiendo vino con él. No sé lo que sucedió porque nos habíamos emborrachado, pero después de las palabras vinieron los insultos y habiendo sido nosotros gravemente ultrajados pasamos a la violencia. Nos cambiamos algunos golpes y de pronto vimos que Pedro caía al suelo sin vida. ¿Qué hacer? Esos son los hechos. Ahora toma nuestras cabezas si quieres, madre nuestra, o si lo prefieres usa tu clemencia pensando que lo sucedido no tiene ya remedio y perdónanos. - *Alexis Orlof*». La emperatriz no sólo perdonó a Orlof sino que lo hizo conde del imperio. Así ganó el título. Por la noche la emperatriz mandó trasladar el cuerpo de Pedro III a San Petersburgo y lo expuso sobre un armón de artillería en el convento de Newski. La cara del muerto estaba negra y el cuello tumefacto y desgarrado. La violencia era evidente. Al día siguiente el emperador fue enterrado en el mismo convento. En cuanto a esta carta, eminentísimo señor, yo se la dictaré en italiano y puede copiarla si quiere.

La copiaba el cardenal con mano temblorosa y con exclamaciones de asombro. Creía el conde que se lamentaba el cardenal de la crudeza de los hechos, pero no era ese el motivo.

—Es terrible —dijo monseñor sin dejar de sonreír—. Me pregunto cómo es posible que ignoren estas cosas en Roma. Pues así es. Yo le prometo solemnemente secreto de confesión, es decir, se la enseñaré al Papa, la carta. Sólo a él. Sólo al Santo Padre.

En el salón de música seguía el concierto. Volvieron y se quedaron en la puerta. El conde vio a la princesa Tarakanova sentada en el lugar de honor con algunas personas de la aristocracia local y al obispo de Leopoldo, ya anciano, que parecía dormirse al arrullo de un oratorio de Haendel. Todo el mundo cedía a la princesa el lugar presidencial. El príncipe de Florencia era entonces Leopoldo de Lorena a quien la gente rendía acatamiento público, pero los homenajes más espontáneos eran para la princesita exiliada rusa. Sin embargo entre los invitados no había uno solo que pudiera llamarse su amigo. ¿Tenía amigos, ella?

El conde le solía repetir que una princesa imperial no podía tener verdaderos amigos, sino sólo relaciones de familia hasta que se casara. Conocía, pues, a todo el mundo, sin intimidación con nadie. «Hay que ser impersonal, que es la primera cualidad de los príncipes», repetía el conde.

Volviendo al tema anterior y dirigiéndose los dos a la biblioteca el cardenal preguntó:

—¿Entonces usted es legitimista, digo, contrario a la emperatriz?

Un poco le extrañó al ruso que el cardenal empleara aquella expresión —legitimista— que solía usarse entre los emigrados. Y monseñor añadió antes de que el conde contestara:

—Al parecer, el emperador no era tampoco un modelo de honestidad.

El conde se llevó la mano a la mejilla, comprobó que estaba bien afeitada, tocó la peluca blanca que le cubría la oreja y contestó:

—Hay demasiados intereses en juego para poder formarse una idea justa de Pedro III. Por otra parte, ya sabemos que nadie espera de un rey que sea un santo y ni siquiera un hombre virtuoso.

Ponía el cardenal en sus palabras el acento de las confidencias íntimas:

—Algo sé sobre su emperador, aunque imagino que usted sabe más. Pero vamos a ver —y callaba un momento recogiendo datos en su memoria—. Parece que Pedro III desde joven daba la impresión de ser un poco débil de espíritu. Físicamente no prometía gran cosa, ¿verdad? Yo he visto un retrato de él: frente hundida y estrecha, ojos inexpresivos, el labio inferior colgante. Se casó a los dieciséis años con Catalina que tenía quince. ¿No es eso? Pero el matrimonio no se consumó. Eso dicen.

Sin dejar de sonreír el cardenal seguía:

—No se consumó el matrimonio porque, según me han dicho, había una dificultad física en el novio. Sin importancia. Con una pequeñísima operación que no merece tal nombre se podía arreglar, pero el príncipe tenía miedo. Cualquier dolor físico le aterraba a él que había de morir de una manera tan cruel. No se consumó el matrimonio de Pedro III porque el futuro emperador tenía el *frenillo*. Tal vez vuestra excelencia sabe, señor conde Rasumovski, que, antes de ser coronado, Pedro celebraba fiestas en las que sus amigos se intoxicaban indecentemente. Todo era desenfreno, orgía, bacanal. En esas fiestas en las que había toda clase de excesos se limitaba Pedro a ver, sólo a ver. ¡Pobre prínci-

pe heredero! Pero tenía amigos íntimos que le reprochaban su pasividad y después de la boda avisaron secretamente a un médico. Un día, estando el príncipe borracho, el médico le hizo la pequeña operación sin que se diera cuenta. Y todo resuelto el príncipe pudo tratar desde entonces de hacer vida conyugal con Catalina. Pero tenía entonces fama de impotente. Verdad o no, la corte hablaba de eso. Por otra parte dicen que el príncipe imitaba a Federico de Prusia y, que llevaba esa imitación a extremos grotescos en su indiferencia por las mujeres, en sus hábitos castrenses y en otras cosas. Se ponía unas polainas altísimas que no se quitaba siquiera por la noche, según decía Catalina. Por causa de ellas no podía caminar sino con las piernas rígidas y abiertas ni sentarse a no ser que se dejara caer de una pieza. Llevaba siempre un enorme sombrero a la federica que ocultaba casi por completo su carita de mono. En las conferencias con sus ministros conservaba al sombrero puesto y parece que hacía debajo de él todos los gestos, guiños y morisquetas de los simios. ¿ No es verdad?

Se decía el conde si aquel viejo purpurado de labios finos y expresión sarcástica no se había burlado antes cuando le pedía noticias sobre la corte de San Petersburgo.

De nuevo repitió Rasumovski que aquello, lo decían los enemigos del rey y escuchaba y seguía con la vista baja mirando fijamente los dibujos de la alfombra. El cardenal seguía hablando y gozando secretamente de sus propias palabras.

—Cuando fue coronado emperador Pedro III hizo acuñar moneda con su efigie. Le presentaron un modelo donde aparecía con la cabeza orlada de laurel y lo rechazó diciendo que no quería parecerse al rey francés porque éste era enemigo de Federico de Prusia. Aceptó otro con casco romano de guerra y uno de sus primeros decretos fue conceder amnistía a todos los condenados políticos. La corte se llenó de viejos aristócratas rivales y enemigos que volvían de Siberia. El emperador magnánimo reunía sus manos sobre el mantel y las más de las veces los viejos pugnaces se levantaban indignados y salían del cuarto por puertas contrarias sin consideración a los buenos oficios del monarca. Era Pedro bien intencionado, pero inoportuno. Hasta la bondad quiere su lugar y momento, señor conde. Como dije, el emperador imitaba al rey de Prusia en todo lo que estaba a su alcance. Para honrar al emperador germano trataba de halagar a su embajador y lo colmaba de atenciones en público y en privado hasta el extremo de actuar de galeoto,

es decir, de celestino conquistando para él las bellezas más en boga de la corte. Luego ofrecía a los amantes su propia alcoba y se ponía en la puerta con una espada desnuda para impedir que los molestaran. Si en aquellos momentos alguien se acercaba con asuntos de estado decía Pedro III: *ahora me es imposible atender a nadie porque estoy de facción*. ¿No es verdad todo eso? Dígame, conde ¿no sabe usted eso mejor que yo? Era caprichoso e infantil, Pedro III, según he oído contar. Un día dio orden de que dispararan al mismo tiempo cien cañones de grueso calibre para ver qué sucedía en la ciudad. Sus cortesanos le dijeron que el palacio se vendría abajo con la onda explosiva y le hicieron desistir. En la corte todo el mundo, desde el ordenanza de la guardia hasta los grandes duques, repetían como una consigna lamentable y secreta: Rusia está sin monarca. Aparte de la opinión que a usted y a mí nos merezca Pedro III ¿no son estos hechos ciertos?

Hizo el conde un gesto vago que podía ser una afirmación. El cardenal añadió entonces sonriendo sin ironía:

—¿Y ése es el candidato de ustedes, los legitimistas?

Miraba Rasumovski de frente al cardenal. «No podía imaginar —dijo después de otra pausa indecisa— que usted fuera partidario de Catalina.» El cardenal se apresuró a negar. La iglesia no era partidaria de nadie, pero aceptaba los hechos consumados y tal vez trataba de obtener alguna ventaja de ellos para la cristiandad. «A veces Dios permite el mal —decía muy grave— para obtener un bien ulterior y mayor cuyo sentido no se nos alcanza hasta que lo vemos.»

Con eso parecía querer justificar a Catalina II.

Se puso el conde a hablar de la emperatriz a quien llamaba *la azafata* recordando que su madre había sido sirvienta en un mesón. Y también *la teutona* o *la tudisca*. Acusaba a Catalina de la muerte del emperador y decía que cualquiera que hubiera sido la persona del emperador ella no podía justificar de ningún modo lo ocurrido.

Sin embargo, los hechos que refería el cardenal eran ciertos, no se podían negar.

Volvieron despacio a la sala. Había en ella mayoría de gente toscana. Los toscanos eran agudos, discretos y señorialmente peligrosos. Entonces, lo eran quizá con todo el mundo menos con la princesa. Nadie era peligroso para ella. Los lejanos etruscos, de los que aquella gente venía, habían sido artífices, guerreros y bailarines. De ellos venían Miguel Ángel y Maquiavelo. Brava gente que la princesa admiraba.

Pero el cardenal seguía hablando. Había en su acento algo monitor y sibilino. La iglesia de occidente era más fina de reacciones que la de oriente y seguramente más peligrosa en materia de alta intriga. Eso pensaba Rasumovski. Y el hecho de que un cardenal tuviera en la mesa de su estudio estatuas desnudas masculinas con el sexo visible le escandalizaba, pero pasado el escándalo le parecía bien y aumentaba su admiración por monseñor Ricci. Un obispo ortodoxo nunca haría tal cosa en Rusia, pero hacían otras peores. Es decir calificadas o incalificables.

El concierto continuaba. El conde preguntó al cardenal:

—¿Es que el Vaticano tiene relaciones con San Petersburgo?

—Oficialmente no, pero hay un agente apostólico.

—¿No es usted camarlengo de la Santa Sede?

—¡Oh, no! No existe ese cargo. Soy camarlengo de la santa Iglesia y es el Sacro Colegio el que está en los secretos de la cámara, pero él ignora estas cosas que yo le he dicho.

A veces el conde no veía claro en el cardenal. Pensó que tal vez era un rival del último camarlengo del Sacro Colegio y que llevaba al papa las informaciones que el otro no conseguía, para ponerlo en evidencia. O simplemente con el deseo de informar a Su Santidad.

II

En aquellos días anunció su llegada a Florencia el príncipe Radzivil de Polonia, perteneciente a una familia de Vilna de origen real, conocida del conde. Vilna estaba bajo las armas de Catalina y se decía que algunos nobles polacos conspiraban.

La azafata mayor de la princesa era una alemana y hablando de Radzivil dijo un día, a su joven ama, que aquel galán podía ser el amor y no ser el matrimonio y que nada tenía que ver lo uno con lo otro.

El conde se enteró y consideró esa opinión francamente corruptora, aunque en el fondo pensaba lo mismo. Amonestó a la azafata, que era una baronesa, diciéndole: «Yo sé que usted daría la mano izquierda y el ojo derecho por influir de algún modo en la vida sentimental de la princesa, pero tenga cuidado porque mientras yo viva no lo permitiré».

El príncipe Karl Radzivil, paladín de Vilna y enemigo más o menos abierto de los rusos, habiendo sido nombrado en 1762 gobernador de Lituania por Augusto III de Sajonia mostró talento militar y político y se proclamó secretamente en su conciencia candidato al trono de una Polonia liberada y feliz, independiente de Catalina. Como es natural a nadie había confiado aquellas peligrosas ambiciones.

Radzivil era decidido y hábil, muy codicioso de gloria y había identificado su destino personal con el de su nación. Se acordaba Radzivil de la pasada grandeza de Polonia cuando daba reyes a Hungría y a Bohemia. No se detenían allí los sueños de Radzivil. Había pensado en llegar a hacerse amar de la princesa Tarakanova y esperaba que una alianza matrimonial con ella podría facilitar sus designios en un futuro incierto pero no imposible.

La princesa veía sólo en Radzivil un paladín ilustre que en las miniaturas de luces jaspeadas que le había enviado se mostraba con cierto aire campesino cargado de herencia, fuerte y galán. Casi un príncipe de leyenda.

Llegó a Florencia envuelto en pieles y joyas. Era hombre robusto y de una vigorosa animalidad. Antes de conquistar a la princesa empren-

dió la conquista del viejo conde y para eso le bastó con denigrar a la emperatriz Catalina. La muerte reciente del príncipe Ivan Antonovitch, duque de Brunswick, en la cárcel, a la tierna edad de dieciocho años y en condiciones más que sospechosas, hizo rebasar la indignación senil del conde. Oyendo contar aquello el viejo parecía perder el poco sosiego que le quedaba.

—¡Pobre niño! —decía de Iván—. ¿Y la familia de los Brunswick?

—Han conseguido permiso para salir de Rusia. La emperatriz les dio además una pensión y ahora viven en Inglaterra.

—Ya veo. Mata al hijo y soborna a los padres con dinero. ¡Era lo último que me faltaba por ver!

En Vilna tenía Karl Radzivil una casa solariega enorme, con setenta sirvientes, pero se vanagloriaba de que ninguno de ellos era esclavo. La reina Catalina le ofreció una vez como presente una propiedad en el Sur con trescientos siervos y él se lo agradeció, pero se permitió recordarle que era católico, que no creía en la esclavitud y que en todo caso lo primero que haría si recibía aquella graciosa ofrenda sería liberar a todos ellos, aunque algunos no la quisieran. Como aquel hecho sentaría un precedente incómodo para los demás propietarios le parecía más adecuando renunciar a aquel regalo, aunque esperaba merecer seguir en su gracia. Entonces la reina le envió un tronco de caballos kirghises que era realmente el mejor que se había visto en Vilna en muchos años.

Trataba Karl de acelerar las etapas y se conducía con su novia de un modo grave, ejemplar y público. Cambió con ella algunos besos furtivos, pero evitaba todo lo que pudiera tomar el aspecto de la galantería y la aventura al uso. Le contaba Radzivil a su novia sus empresas de cazador y sus encuentros con osos grises que a veces hacían reír a la muchacha, porque el oso no sólo es terrible como el león o el tigre sino que puede ser humorístico. Un oso podía abrir la puerta de una casa tirando de la aldaba y a veces se habían presentado al olor del pescado frito en medio de una fiesta campesina. Entonces, todos gritaban y el oso se asustaba y se iba.

Decía Radzivil que sus campesinos se le acercaban con el gorro en la mano para plantearle los problemas más ridículos. Por ejemplo, el mismo día que salió de Vilna un viejo labrador le preguntó:

—Alteza, padrecito Radzivil, ¿qué haríamos si apareciera de pronto un cocodrilo?

—Bah, un cocodrilo —dijo Radzivil enojado—. ¿Por qué un cocodrilo? No hay animales de esos en nuestro país. Yo no he visto un cocodrilo en mi vida.

Entonces el campesino movió la cabeza con lástima y se santiguó:

—Habría que encomendarse a Dios. ¿No le parece, padrecito ?

Radzivil le dijo sí, y recordando que entre la gente de sus aldeas tenía fama de ser poco piadoso dio al campesino una moneda de oro para demostrarle que si los domingos no iba siempre a misa por lo menos sabía practicar la caridad. Era Radzivil un católico muy raro. Privaba en él lo político sobre lo religioso. Entre el catolicismo y la religión ortodoxa había una sola diferencia (decía a sus íntimos), la que puede haber entre un granuja afeitado —el papa— y otro con barbas —el metropolitano—. Sin embargo, él era católico y se sentía tradicionalmente ligado a la Iglesia. Los curas ortodoxos le parecían ignorantes y venales en lo cual estaba de acuerdo con el viejo Rasumovski, que era ortodoxo.

El joven galán y el viejo se hicieron pronto amigos. Invitados a comer por el cardenal Ricci conocieron la fastuosidad de sus costumbres. Rasumovski le había dicho al joven galán, con cierto asombro, que monseñor Ricci se enorgullecía de descender de Nerón y el príncipe polaco se permitió algunas ligerezas en la mesa.

Hablaba el cardenal dirigiéndose siempre al viejo conde y creyó advertir en Radzivil alguna clase de desatención que le extrañó sin llegar a herirle.

Vio monseñor, con gusto, que Radzivil bebía más que los otros dos juntos. A los postres, entre dos sorbos de licor, el cardenal habló de la pobre Iglesia católica de Polonia sojuzgada por los militares y los burócratas de una Rusia francamente herética y miró a Radzivil esperando que mostrara su alma de par en par, pero el de Vilna cuando bebía lo primero que hacía era entrar en un estado de alerta y alarma y —cosa excepcional— cerrar los labios.

El cardenal Ricci no era hombre para resignarse al silencio de Karl sobre sí mismo y envió correos a Vilna para informarse minuciosamente con el pretexto de trasladar su información al conde. Nada más natural que tomar precauciones antes de las nupcias de una muchacha como Lizaveta, hija de la emperatriz anterior a Pedro III.

Al volver los correos estaba aún Radzivil en Florencia y el cardenal volvió a invitarlo a comer, esta vez a él solo, porque el viejo conde estaba enfermo. En la comida monseñor le dijo de pronto:

—Sé que vueseñoría conspira contra Catalina y no es necesario que le diga que la Iglesia tiene en Polonia intereses espirituales y que se desvela pensando cómo salvarlos y mantenerlos. Espero que tampoco lo que le digo le sorprende.

Entonces fue cuando Radzivil se rindió. Hizo al cardenal confidencias no sólo de sus actividades clandestinas contra la corte de San Petersburgo sino de sus esperanzas y ambiciones y al final de más de dos horas de un discurso rico en matices apasionados acabó diciendo: «Nosotros no esperamos atacar de frente ni derrumbar el tinglado de Catalina en una batalla ni en dos. No queremos la iniciativa y se la dejaremos con gusto a otro país. Ah, si los suecos quisieran buscar su *vendetta* histórica. Quiero decir que esperaremos que la crisis comience en otra parte y provocada por otros intereses. Estaremos atentos a ella y no ha de tardar en producirse. Habrá no sólo una crisis sino dos, una en el sur, probablemente en el mar de Azov y otra en el norte y permítame que me calle el lugar y la fecha. Nosotros los polacos nada tendremos que ver con la una ni la otra. Estaremos armados y organizados, aguardando el momento. Nuestra intervención será rápida y directa hacia Moscú. No será la vez primera que eso suceda y vamos a repetir exactamente lo que hizo Sobietiski en el momento cumbre de nuestra historia y yo estoy seguro de lograr la victoria como un hecho contingente que depende de problemas y circunstancias internacionales mayores. No sé si debo hablar así, pero creo que lo mismo que han hecho con nosotros despedazando la patria polaca entre los dientes de Alemania, Rusia y Austria haremos un día dejando que Suecia y Turquía le claven sus dientes a Rusia. Tendremos la autoridad del antecedente y del ejemplo enemigo y, naturalmente, Polonia recuperará los territorios perdidos y anexionará otros nuevos, que ésa ha sido siempre la consecuencia natural de las victorias.

Luego se puso Radzivil a contar sus experiencias personales en la política y en el campo de batalla. Monseñor lo escuchaba atentamente y aquella atención estimulaba más a Radzivil.

Pensaba el cardenal: «Este muchacho parece un oso medio domado. El matrimonio lo acabará de domesticar» Y le dijo que cuando se casara con Lizaveta quería ser él quien bendijera la boda.

—¡Ella es católica! —dijo monseñor con una alegría casi infantil.

Añadió que los Lorenas y los Médicis le atribuían a él aquella conversión y que el duque de Ferrara le había dicho:

—En vuestra situación sería yo quien se habría dejado convertir por ella. Rió el cardenal advirtiendo que los Ferrara eran Borgias y hacían honor a su temperamental tradición.

Y el cardenal reía otra vez. El príncipe polaco quiso entrar en interioridades de la política romana. Había oído que el papa Clemente estaba a punto de disolver la orden de los jesuitas declarándola enemiga de la fe cristiana por presión de los españoles.

—Sí —dijo monseñor—. Es cosa hecha.

—¿Pero no es una orden española? ¿Sí? ¿Y son los españoles sus enemigos?

Estuvo el cardenal mirando al joven y pensando que si no podía entender la contradicción como norma no sería nunca un buen político. Después, viendo que esperaba una respuesta, dijo el cardenal:

—Carlos III es un caso increíble: un rey francmasón.

—Aunque no lo fuera, Su Santidad no puede obedecer a un monarca temporal.

—Lo peor en todo esto —dijo el cardenal abrumado— es que da lugar a que nuestros contrarios piensen que el papa antes de ser elegido había contraído ese compromiso con Carlos y con los españoles, es decir, que lo eligieron con esa condición, lo que si fuera verdad, que no lo es, envilecería la silla de San Pedro.

Pasaron el resto de la tarde Radzivil y monseñor divagando apasionadamente en torno a ese importante asunto.

El noviazgo seguía sin novedades. Dio el pretendiente a la novia la acostumbrada joya de familia: una riviére de diamantes que su abuela y su madre habían llevado el día de la boda.

Un día Karl estaba hablando con el viejo conde sobre las castas de caballos y el estilo y manera de montarlos y Karl dijo que el caballo era como la mujer, que se adaptaba al hombre y tomaba parte de su carácter y temperamento y que además le gustaba ser montado y mandado con pericia y cierta dureza amistosa. Ese era su secreto con los caballos y no podía quejarse. La princesa, que estaba al otro lado de la biblioteca, oyéndole hablar de aquella manera se confundía un poco. Radzivil era un hombre que rechazaba los siervos que le ofrecía la emperatriz y, sin embargo, hablaba de la mujer como de un caballo a quien hay que domesticar. Tenía otras rarezas, el novio. Por ejemplo, en lugar de adularla a ella exaltando sus cualidades trataba de mostrar las propias y esperar que ella lo elogiara.

Cuando el príncipe creyó llegada la hora de hacer la petición de mano hubo algo infausto e inesperado: Rasumovski se puso enfermo. Al principio fue sólo un resfriado, pero se agravó hasta convertirse en pulmonía senil y de pronto se encontraron Radzivil y la princesa con que el conde se moría. Y realmente se murió en menos de dos semanas.

Sin que ellos se hubieran casado. Sin que se formalizara siquiera la petición de mano.

Toda Florencia desfiló por la casa para dar el pésame a Lizaveta y el príncipe de Vilna aprovechó aquella ocasión para mostrarse en sociedad al lado de su novia. Fue como una presentación oficial.

Con motivo de las exequias, el cardenal acudió varias veces al palacio y tuvo otras conversaciones con Radzivil.

El canciller de la corte de Catalina envió un mensaje de condolencia dirigido a la princesa Tarakanova quien se quedó sorprendida pensando: la emperatriz se acuerda de mí. Como había salido de la corte y de Rusia antes de cumplir seis años, el mensaje de Catalina parecía llegar de tiempos remotos y legendarios.

En realidad la princesa se consideraba más italiana que rusa. Pero el conde había mantenido en su alma el fuego familiar. Encontró la princesa borradores de cartas enviadas por el conde a Rusia. A través de ellas se veía que todo le parecía al conde excepcional en la princesa y Radzivil tomó nota de las personas a quienes fueron dirigidas las cartas pensando en el futuro. Así como hay personas que viven para la religión o para el arte, el paladín de Vilna vivía para la política.

Tenía Karl una manera enérgica y cortante de hablar, de caminar, hasta de escuchar. No le disgustaba a Lizaveta, pero a veces pensaba: Qué raro. Aunque nosotros los rusos vivimos sobre la esclavitud del mujic y realmente de su trabajo y hay familias que en cuarenta años no han comprado un par de zapatos ni una vara de tela porque los fabrican sus esclavos dentro de su casa y tienen hasta trescientos o cuatrocientos de ellos alrededor del palacio campesino, yo diría que, a pesar de todo, los rusos somos más liberales que los polacos.

Pero estaba en esa edad en que la proximidad del hombre embriaga un poco a las muchachas y a veces le decía con una especie de gozo so miedo infantil:

—Tú serías un nuevo Iván el Terrible, si llegara el caso.

Él sonreía y respondía: «Se ha calumniado mucho a Iván IV y sería bueno poner la historia en sus términos». La verdad era —pensaba Liza-

veta— que Iván había matado a su príncipe heredero. Oyendo aquello decía Karl: «¿No es horrible para un padre tener que hacer eso? Él lo hizo por su patria y si se sabe mirar el hecho desde todo sus ángulos no puede menos de despertar admiración».

La presencia del cadáver del conde en la casa influía en la conducta de las personas. La princesa pensaba: «Nada vale la pena. Las cosas más importantes no son sino un convenio un poco ridículo entre las gentes». Los seres humanos se conducen gravemente, pero ¿para acabar un día como el perro, el gato o el cerdo o el caballo? En aquellos días todas las cosas tomaban un aspecto más crudo y realista y así sucedió con el mismo amor del príncipe, aunque no llegó ella a la última forma del abandono y el mismo príncipe parecía evitarlo. Cuando Liza se lo dijo a la azafata alemana ella respondió:

—Es por respeto a vuestra alteza y al sacramento del matrimonio, y hace bien.

Había aprendido Lizaveta a tomar a broma las salidas un poco violentas de Karl y como le había dicho la baronesa alemana «el hombre llega al matrimonio resabiado por la vida de su propio hogar o por la libertad que ha tenido hasta entonces, pero luego es la esposa quien le forma el carácter».

Después de una pausa añadía:

—O lo deforma, claro.

El segundo día del duelo oficial Radzivil preguntó a su novia:

—¿Es la primera vez que has visto morir a alguien en tu vida? ¿Sí? La vida no es nada, pero yo haré que sea algo para ti. Yo le daré sentido para ti. Por ahora la vida que es triste y sombría para los demás es para nosotros radiante. ¿Qué será mañana cuando estemos juntos?

—Yo creo... —fue a hablar ella, recordando a la azafata alemana.

—Mis antepasados —interrumpió él— no tenían bastante ambición porque creían que la vida estaba ya hecha cuando nacieron y no se habían enterado de que la vida no es nada si nosotros no la hacemos. La vida tiene que hacérsela cada cual. Tú, yo. No hay otra vida que la que nos hacemos. ¿Entiendes? Yo, yo haré tu vida, la tuya, y tú verás cómo la hago y qué maravilla y qué milagro va a ser, ¿entiendes? Cuando la gente espera que le den algo hecho lo único que le dan es eso: la cámara mortuoria. Todo lo que la vida nos da es eso: la muerte. Los que queremos obtener algo vivo y gozoso de la vida debemos quitárselo a la vida por la fuerza. Hay que andar por la vida como ladro-

nes nocturnos. Es decir, peligrosamente. Vilna es poco para ti. Tú eres —decía él, exaltado— nieta de Pedro el Grande y un día entraremos en Moscú entre flores, campanas y palomas pintadas de oro.

Ella decía que sí, contagiada de su entusiasmo, pero pensaba:

—¿Qué necesidad hay de todo eso para ser felices?

El cuerpo de Rasumovski estaba aún en la casa, que comenzaba a oler a flores marchitas o tal vez eran las flores que comenzaban a oler a muerto. La princesa pensaba: «Si somos carne mortal y podredumbre, ¿por qué no ser felices ahora en cualquier parte, por ejemplo, en Italia que es país que parece hecho para la felicidad de los enamorados?» Se lo dijo y el paladín de Vilna soltó a reír:

—Eso sucede con la gente común. Nosotros pertenecemos a dos dinastías de las cuales depende la historia de Europa. La vida nuestra es mejor y eso nos obliga a asumir responsabilidades y peligros. Nuestros privilegios de clase traen consigo deberes importantes y hay que vivir pensando en los demás. —La besó en la frente ligeramente, ella sintió el beso como el roce de un rizo rebelde y él continuó:— La paz en nuestro hogar, desde luego, pero en los caminos de la historia la paz es sólo una pausa entre dos guerras. No hay paz en el mundo. A ti te basta con que la gente que te conoce te adore y así debe ser, pero yo soy hombre y a mí además me van a temer y a obedecer. Me aman los polacos, mis compatriotas, pero los rusos me van a odiar un día y después me agradecerán, a pesar de todo, que los haya liberado. Yo suprimiré la esclavitud, yo... ¿Tú sabes? Los polacos somos seres humanos y somos, además, Europa, es decir la civilización. En Vilna comienza el oriente y la barbarie, la tristeza, la esclavitud, la cobardía y... la suciedad. Yo estoy allí, en la frontera, en la raya que separa la luz y la sombra. Todo oriente es hambre y piojos. Yo llevaré a Moscú la limpieza, la civilización, el Orden, la libertad. Yo, contigo. El amor multiplica las fuerzas del hombre.

—A veces me da miedo oírte hablar así —dijo ella—. La emperatriz es mi tía y la quiero y la respeto.

La miraba el príncipe, pensando: «Si pudiera decirte toda la verdad de Catalina sin escandalizar tu alma virginal oírías las mayores monstruosidades, pero no vale la pena. No son errores ni defectos los de la emperatriz. Son crímenes repugnantes contra personas honradas, contra familias, contra pueblos enteros». En lugar de esto el príncipe decía:

—Vamos a la capilla, querida. Nos esperan para los funerales.

Pensaba Lizaveta que no la tranquilizaba Radzivil. Había tenido ella conversaciones con el duque de Ferrara sobre el poder político, sobre el amor, sobre la idea de la felicidad. Aquellos hombres conocían la grandeza exterior y no le daban importancia. Por el contrario, en su novio veía a vetes Lizaveta un hombre tosco, obstinado en empresas de una vanidad primitiva y brutal. Aunque así y todo lo quería. Él solía repetir:

—El viejo Rasumovski te ha educado a la moda de San Petersburgo. Venía de las montañas del sur, pero los viejos khanes se acomodan y domestican en dos generaciones.

Hablaba de una manera ejecutiva y no estaba ella acostumbrada a aquella clase de aspereza. Tal vez Karl tenía razón, pero ella no se sentía rusa sino más bien italiana. Con eso se explicaba a sí misma todas sus confusiones.

—Es un monstruo —repetía Radzivil pensando en Catalina.

—Sí, pero eso no importa. Lo que importa es seguir viviendo.

Ella lo decía pensando en el cadáver de Rasumovski.

El día del entierro llegó un ayudante del gran duque Leopoldo de Toscana diciendo que llevaba el encargo de asistir en nombre del regente. En los vastos corredores del palacio, la baronesa alemana, que hacía de ama de llaves iba y venía y consultaba al príncipe pequeñas cosas como la clase de vinos que debía ofrecer a los que acudían al duelo. Todos los detalles de la organización del duelo pasaron por las manos de Karl al mismo tiempo que por las de la princesa.

Algunos nobles al ver que Lizaveta se quedaba sola se acercaron amables, pero Radzivil se interpuso, entre alarmado y amenazador. Decidió por fin el príncipe volver a Vilma y disponer las cosas, rápidamente, para la boda. Antes de marcharse fue a ver al cardenal y dejó en sus manos la tutela de la princesa. Ésta lloró un poco al separarse de Radzivil y se preguntaba: «¿Es posible que no lllore por la muerte del viejo conde y que lllore cuando se va un novio a quien todavía no sé si amo o no?» Pero cuando se quedó sola se dio cuenta de su desgracia y pesadumbre y lloró al muerto como si fuera su padre. Ella no sabía aún que lo era. Se enteró por una carta póstuma de Rasumovski que era un poco confusa y que le aclaró, paternal y tutelar, el cardenal Ricci.

No le extrañó a ella en absoluto aquella revelación porque, sin saberlo ella, lo había tratado siempre como a su padre. Instintivamente sabemos a veces más cosas de las que los otros nos pueden explicar.